

UNIÓN-PENEYA. En la zona rural del Caquetá, la guerrilla sigue imponiendo su ley

El pueblo que la tiranía de las Farc volvió fantasma

La mayoría de los habitantes del caserío aún deambula por los pueblos del Caguán en busca de refugio. Quienes ya encontraron albergue se niegan a regresar. Ejército dice que la situación está controlada.

Por Germán Jiménez
Enviado Especial de Colprensa

La Montañita, Caquetá. Nada pudo hacer Amelia para evitar la muerte de Camila, la menor de sus siete hijos.

El terror se apoderó de la niña desde la noche que dos guerrilleros la sacaron de su casa, junto con su madre y sus seis hermanos. A partir de ese momento enfermó dos días después falleció, sin tener acceso a ninguna ayuda médica.

La orden recibida por Amelia y sus hijos también debió ser acatada sin chistar por los 1.400 habitantes de La Unión-Peneña, un caserío del Caquetá ubicado en pleno Caguán y ahora convertido en un pueblo fantasma.

Estas personas son protagonistas de uno de los más dramáticos casos de desplazamiento ocurridos en el país en los últimos meses. La mayoría son en este momento escudos humanos de los frentes 14 y 15 de las Farc.

La mujer y sus hijos intentan olvidar el horror vivido. Pero las más de tres semanas que llevan en Paquí, como desplazados, no han bastado para ello.

Todo comenzó, recuerda la mujer, a las 7.00 de la noche del pasado 4 de enero. Allís "Wilmer" el capitán del frente 15 de las Farc ordenó la inmediata evacuación de la gente de La Unión-Peneña ante la amenaza del Ejército.

Todo en el caserío era confusión y pánico. El ruido producido por los helicópteros militares les indicaba que sobrevolaban el pueblo, pero en la oscuridad no podían verlos ni siquiera de los fusiles y las explosiones producidas por granadas y cilindros les obligó a encerrarse en sus casas y a revivir situaciones que ya habían soportado antes.

Mientras esperaban el desenlace de la batalla, los guerrilleros, puerta a puerta, los fueron sacando de sus viviendas. No les dieron tiempo de tomar sus pertenencias y les advirtieron que quien se quedara sería tomado como amigo del Ejército.

Amelia sólo alcanzó a guardar sus documentos de identidad y salió con sus hijos. A su mente volvieron las imágenes de su marido, asesinado por la guerrilla a finales de abril de 2002. El esposo era pastor de una comunidad cristiana y siempre se opuso a las presiones del frente 15 sobre los pobladores de La Unión-Peneña.

Esa actitud fue catalogada por los rebeldes de traición, por lo que resolvieron fusilarlo delante de todo el pueblo.

EL ÉXODO. Ante esa amarga experiencia, Amelia obedeció esta vez y no se arriesgó a oponerse a la orden dada por la guerrilla. No quiso temer al destino. Ante la imposibilidad de conseguir transporte, optó por seguir a la mayoría de sus vecinos a pie, sin un rumbo fijo.

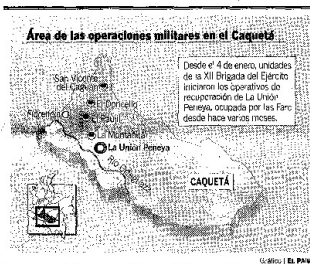
Empero, su hijo no resistió. Se fue agravando, dejó de hablar y sólo se escuchaban sus sollozos.

El pasado 8 de enero, media hora después de llegar a Paquí, la niña falleció en el hospital local.

Camila no ha sido la única víctima, según Andy Charria Bustamante, la médica a cargo del centro de salud de La Montañita. Hace una semana falleció una mujer con siete meses de emba-

Por semanas, los pobladores del caserío se han resistido a volver a sus casas, por temor a una arremetida violenta de la guerrilla de las Farc.

COLPrensa / El País



el dato clave

La mayoría de la población de La Unión-Peneña que permaneció en el caserío se niega a regresar. El Ejército dice que la situación está controlada.

jio, quien debió ser intervenido quirúrgicamente en Bogotá. Nunca pudo regresar, porque la guerrilla le perdió la confianza.

Por lo regular, los habitantes sólo pueden salir para proveerse de víveres o insumos. Y nunca por mucho tiempo. Las Farc, además, les prohibieron pagar impuestos.

El alcalde de La Montañita, José Leonel Guarín, presume que la mayoría de los habitantes de La Unión-Peneña se refugiaron en las fincas de la zona. Según dice, "quien es del pueblo es del pueblo, y quien es del campo es del campo". Así explica por qué los desplazados no han llegado a los cascos municipales.

Lo que no comprende es por qué la inspección bajo su jurisdicción es hoy un pueblo fantasma, habido sólo por tres ancianos y dos niños de 10 y 6 años.

Ese, a pesar de que no es la primera vez que en este lugar se registra un desplazamiento masivo, asegura el alcalde Guarín. Cada vez que el Ejército ha realizado operaciones militares en esa región, la gente ha abandonado sus casas para regresar tras el retro de las tropas. Sólo que ahora el general Guillermo Quintero Quiroz, comandante de la Décima Segunda Brigada del Ejército, ha sido enfático en asegurar que sus efectivos seguirán en La Unión-Peneña.

Y mientras se integra una comisión humanitaria encabezada por la Cruz Roja Internacional para llevar ayuda a los desplazados, la gente continúa llegando con su drama a cuestras.

La mayoría de los desplazados se resiste a regresar. Advierten que prefieren las dificultades propias del desarraigo a continuar viviendo con la incertidumbre de un nuevo regreso de Fabián Ramírez al mando de los guerrilleros del frente 15 de las Farc que los mantenía prácticamente sitiados desde hace dos años.

razo, también por falta de asistencia médica.

SITUACIÓN CRÍTICA. La situación de los desplazados es grave, asegura la doctora Charria. Está hacinados en fincas, en escuelas o al intemperie, sufren de lesiones en la piel, problemas digestivos y respiratorios debido a los cambios climáticos y a la falta de agua potable y alimentos. La médica calcula, de acuerdo con los historiales médicos, que aproximadamente un 10% de la población de La Unión-Peneña era tratada por tuberculosis, hipertensión y diabetes y un 6% de las mujeres se encuentran estado de embarazo.

Los habitantes sólo pueden salir para proveerse de víveres o insumos. Y nunca por mucho tiempo.

Las Farc, además, les prohíben pagar impuestos.

La mayoría de las 17 familias que lograron llegar hasta Paquí aproximadamente 120 personas han buscado refugio en Florencia o El Doncello, municipios donde tienen familias o conocidos que los han acogido. Lo mismo ha ocurrido con las seis familias que llegaron a La Montañita.

En sus declaraciones a la Personería de estas localidades, los desplazados se limitan a dar los datos básicos para obtener la ayuda humanitaria, y por temor han evitado a las autoridades.

Así lo han hecho Rosa y su marido, quienes se arriesgaron a llegar a La Montañita, pero saben que no pueden volver a La Unión-Peneña. La pareja asegura que la guerrilla los sentenció por abandonar la finca donde

permanecían, acusados por el hambre y por haber acudido a las autoridades en busca de ayuda humanitaria.

Para Rosa y su esposo, la única forma de evitar problemas es mantener el silencio. "Si vivo, no lo vivo y si voy, no lo voy. Así seguimos vivos", aseguran.

Ese silencio ha contribuido a convertir en un misterio la verdad de lo ocurrido en La Unión-Peneña, desde que se iniciaron los operativos militares.

Una comisión encabezada por el Personero de La Montañita llegó hasta la inspección y encontró tres casas destruidas, y en el interior de las ruinas el cuerpo incinerado de una per-

sona. Los desplazados han decidido desconocer lo sucedido.

Esa fue la ley impuesta por las Farc en La Unión-Peneña. Un censo que actualizaban periódicamente los ha permitido controlar la población. Nadie salía ni entraba al pueblo sin su autorización. Monopolizaron el comercio de la coca; son los únicos compradores y castigan con la muerte a quien se arriesgue a comerciar droga con otras organizaciones. La siembra de cultivos ilícitos es, como en todo el Caguán, la principal fuente de ingreso para los campesinos.

Ejemplos de ese control tiránico abundan. Hace un año, uno de los vecinos tuvo que ausentarse cuatro meses del pueblo debido a la enfermedad de su